

finitos, que en ellos influyen poderosamente. Los crímenes de sangre y violencia—es un hecho tan evidente que no necesita comprobación estadística—no se producen sino muy rara vez en las clases cultivadas. Recientemente, un millonario yanqui cometió uno de esos crímenes, que llamó la atención del mundo entero, gracias á la circunstancia de tratarse de un hombre colmado por la fortuna. Igual asombro determinaría el crimen de un sabio. ¿No es cierto que no comprendemos á Ramón y Cajal esgrimiendo un arma contra un semejante? Quiere esto decir que la cultura, la riqueza, la alta posición, los conocimientos, casi de un modo invencible se oponen á tal delincuencia. La media cultura, sin embargo—y esto es desconsolador y tumba patas arriba muchas ideas pedagógicas—parece refinar el instinto criminal, dictándole precauciones y perfeccionamientos que llegan hasta el sistema organizado por los tremendos artistas en carne humana de Peñafior. Eran los dos inteligentes y algo instruidos, y uno de ellos, Aldije, el hombre más sereno, apacible y dueño de sí mismo que puede existir, si nos atenemos al desinteresado informe de un facultativo que estudió la fisiología y la psicología extrañas de este reo. Ambos murieron con el impertérrito valor que, para confusión de la especie á que pertenecemos, brilla igualmente en los héroes y en muchos grandes criminales. Aldije no mandó el fuego, como el romántico Diego León, conde de Belascoain, pero ordenó al verdugo que apretase fuerte. Y no sé cuál de las dos órdenes requiere más intrépido corazón, más señorío sobre los nervios.

Sea como quiera, si estos dos compadres fundaban ilusiones en la ociosidad á que la costumbre iba condenando al verdugo, la cuenta les ha salido equivocada. Es cierto que esperaban, que fiaban en el indulto... La constancia con que se ejercía la gracia les autorizaba, hasta cierto punto, á no creerse una excepción. Y sin embargo, ni la decepción de serlo alteró el ánimo de Aldije, tranquilo, con el pulso normal, sonriente, resuelto hasta el último instante. ¿Será esta una señal de esa insensibilidad de los criminales natos, diagnosticada por Lombroso, Ferri y otros antropólogos?

\* \*

Para hablar de cosas más gratas, recordemos que Ramón y Cajal acaba de obtener el premio Noebel, de la sección científica. Es premio no completo (la mitad de la recompensa), como fué el de Echegaray; pero la diferencia en dinero no rebaja la distinción honorífica, que nadie ignora hasta qué punto es merecida. Ramón y Cajal, por otra parte, es el primer sabio popular en España (si exceptuamos al brujo y nigromántico marqués de Villena y al flamenco Juanolo Turriano). Los demás sabios propiamente dichos que en España existieron, trabajaron solitarios en su gabinete, sin el ambiente de simpatía de la juventud, sin el ardoroso aplauso de las muchedumbres. El eminente histólogo ha tenido el privilegio de romper esta tradición de indiferencia letal.

Allá en junio, cuando fui nombrada presidente de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, quise traer á mi pueblo natal, la Coruña, la primer misión de extensión del Ateneo. Reuní á los presidentes de las sociedades recreativas, y los encontré dispuestos á secundar mi idea en todo y á prestarme la cooperación más decidida y generosa. Al pronunciar los nombres de los ilustres conferenciantes á quienes pensaba dirigirme, todos fueron acogidos con demostración de respeto, pero el de Ramón y Cajal produjo una emoción extraordinaria. La ovación futura estaba ya contenida en aquella sorpresa lisonjera. Si yo hubiese conseguido, hallándose tan adelantado el verano, que pudiesen emprender el viaje los designados conferenciantes, Ramón y Cajal hubiese tocado con la mano su inmensa popularidad. Y me resolví á decir que, en este punto, mi pueblo puede ser un excelente tubo de ensayo; porque es frío, escéptico, parado, desconfiado de las reputaciones y muy amigo de echarlas por tierra. Sin género de duda Cajal no es el único sabio español digno de recoger homenajes: antes que él han existido otros, no diré que muchos, pero suficientes á demostrar que la raza no es enteramente inepta para las altas indagaciones científicas. Pero en Cajal se ha concentrado y simbolizado la aspiración española (tardía, confusa, medio inconsciente) á no carecer de esa capacidad, á no ser relegada á un grado inferior entre las mentalidades europeas y latinas. No creo aventurado afirmar que los admiradores de Ramón y Cajal—y para que nadie se ofenda me incluyo en el número—no sabemos por qué le admiramos; es decir, no nos sería fácil penetrar en el fondo de su labor y aquilatarla en su valor relativo, pues en este caso conoceríamos tanto

como él. De un literato, de un artista, todo el mundo juzga, porque todo el mundo tiene emotividad, nervios, sentidos, aficiones, ideas, más ó menos amplias y cultas, pero ideas al cabo; y esta es la ventaja que lleva la gloria de Cajal, indiscutida é indiscutible, á otras glorias mordidas y baqueteadas, y quizás por eso, mi pueblo, donde nunca faltan enfriadores para todo hervor de entusiasmo, aprovecharía con Cajal la ocasión de entusiasmarse sin reparos ni tiquismiquis, de entusiasmarse á la vez por el mérito positivo y por ese otro mérito ante el cual los profanos se arrodillan cual los romanos ante el ara del Dios ignoto.

\* \*

¿Habéis visto una procesión en el campo? ¿La habéis seguido? Es uno de los espectáculos más poéticos y pintorescos que cabe presenciar.

En la procesión que acabo de seguir, una sola imagen, la Virgen, en su advocación de Inmaculada. La efigie, de medio tamaño, luce un traje de brocado blanco, de cotilla, sembrado de perlas y turquesas; las lentejuelas que lo realzan brillan bajo el pálido sol de otoño, y se reflejan en las últimas gotas de lluvia suspendidas en la zarza. Un aire ligero y suave mueve con apariencia de vida el largo manto de terciopelo turquí salpicado de estrellas y los rizos de pelo natural que sobre él flotan. Las mujeres contestan á las letanías, que el cura pronuncia despacio, con un murmullo lento, amoroso... Van vestidas con sus mejores galas, sus sayas de colores, sus mantellinas de paño y terciopelo negro orladas de azabache, sus pañuelos de seda á la cabeza, sus zapatos de cuero fuerte, ó sus zuecos nuevos curiosamente trabajados. Sus manos, lavadas y morenas, empuñan, resguardándolo con el pañuelo, el cirio, que el viento apaga. Al llegar al crucero de piedra, todos se persignan, y los mozos, ya descubiertos, se inclinan respetuosamente. Las campanas de la humilde iglesia suenan echadas á vuelo. La gran paz del campo presta á la escena un fondo digno del pincel de Millet...

Y olvidamos, en la mística y sencilla ceremonia, los combates del mundo, la lucha de intereses y pasiones, la gravedad de los problemas de esta agitada hora social... La Virgen sonríe, bajo su manto turquí sembrado de luceros.

EMILIA PARDO BAZÁN.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mi amigo el ilustradísimo escritor Luis Morote ha presentado una proposición á fin de que (como acaba de realizarse en Francia) se suprima la pena de muerte de los códigos. Y digo de los códigos, porque de la costumbre ya cabe afirmar que estaba suprimida. Ha sido necesaria una serie de crímenes tan horrendos como los del *Huerto del francés* para que se ejecute una sentencia de pena capital; y aun así, aun después de la execración que despertó aquel negro y prosaico drama en seis actos, sin unidad de tiempo, á pique estuvieron de salvar sus pescuezos Aldije y Muñoz. Como si hubiesen sido dos de esos criminales á quienes la pasión y una especie de fatalidad empujan, y que infunden sentimientos de conmiseración aunque comprendamos que la ley que pesa sobre sus cabezas es justa y necesaria, se desarrolló en favor de los repulsivos reos del *Huerto* un movimiento de... ¿describiré la palabra?—de simpatía, manifestado en gestiones muy activas y reiteradas á fin de conseguir el indulto. Y si se hubiese indultado á Aldije y Muñoz, ¿qué necesidad tendría Morote de presentar la proposición? ¿Qué decreto más terminante, aunque implícito, de abolición de la pena de muerte que el indulto de esos dos monstruos?

\* \*

La cuestión es discutida y discutible: las consideraciones á que se presta no caben en los límites de una crónica periodística, ni son propias del género, ni ofrecen ya novedad, aunque ofrezcan actualidad constante. Los que no nos dedicamos á la ciencia penal, apenas tenemos opinión; sólo tenemos impresiones de sensibilidad más ó menos delicada, que se exteriorizan al producirse un episodio severo y triste, como es el de una ejecución capital. La sensibilidad y el corazón son buenos jueces en otras materias; en estas, no. El estadista y el legislador no pueden atender más que á los dictados del orden social, á la seguridad y bienestar de los individuos que viven bajo el amparo de la ley. La discusión acerca de la pena de muerte, si es racional, se basa en tales consideraciones, haciendo abstracción de las puramente subjetivas. Si la pena de muerte, impuesta y ejecutada, por lo menos en la mayoría de los casos, atajase el desarrollo de la criminalidad, sería imposible negar su conveniencia y utilidad en este período de la evolución social española. ¿Es cierto que la frecuencia de los indultos, la tácita abolición de la pena, ha coincidido con un incremento extraordinario de los crímenes de sangre? Lo afirman muchos observadores: sólo un estudio estadístico verdadero, positivo, podría (con la autoridad de la ciencia) resolver este problema. Y científicamente, y clínicamente, se debiera tratar la cuestión de la abolición de la pena de muerte en un Estado.

\* \*

Por otra parte, este género de problemas nunca aparece aislado: siempre van unidos á ellos otros in-